

Harlequin®

Desire

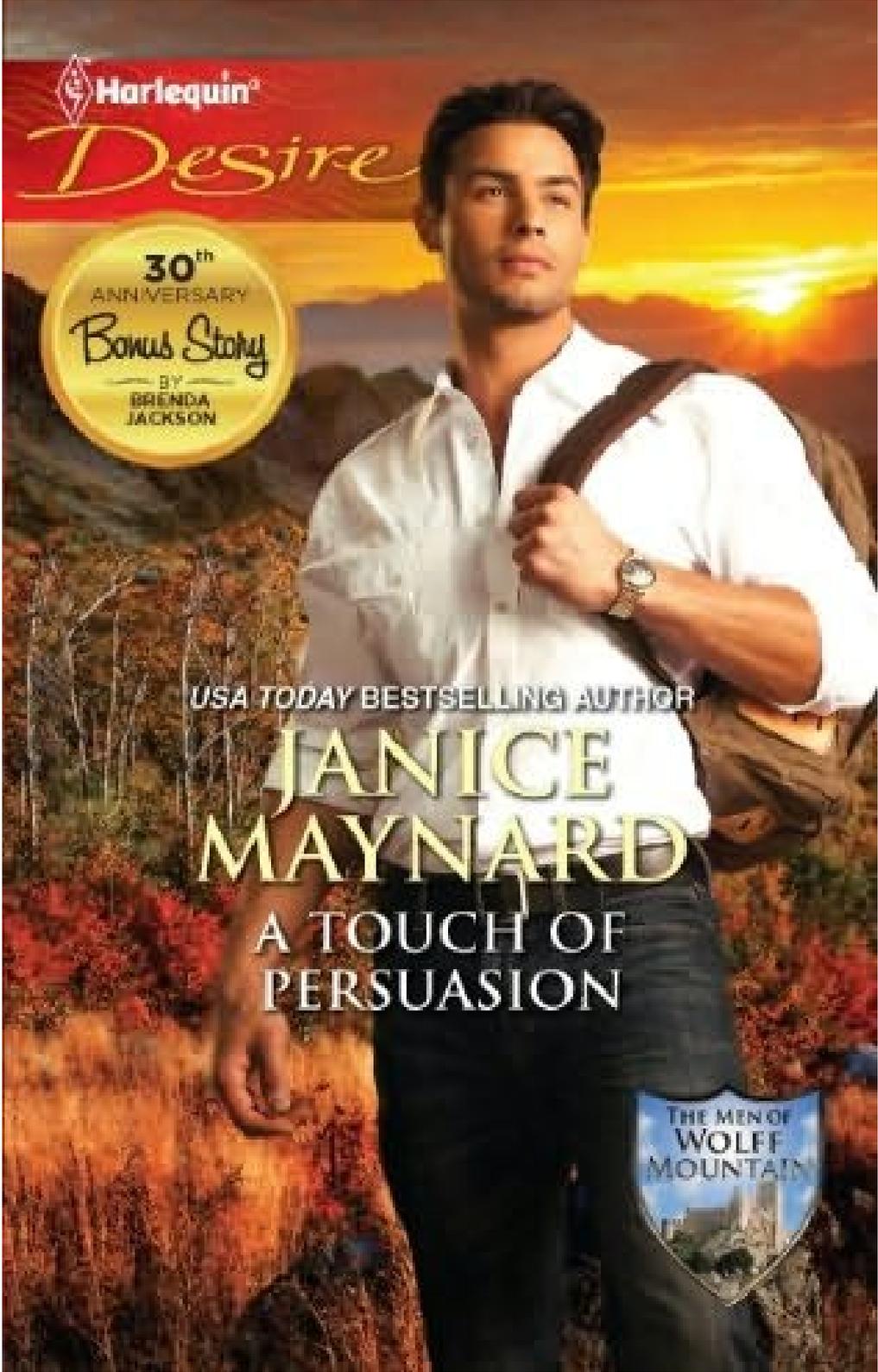
30th
ANNIVERSARY
Bonus Story
BY
BRENDA
JACKSON

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

JANICE
MAYNARD

A TOUCH OF
PERSUASION

THE MEN OF
WOLFF
MOUNTAIN



La caricia de un amante

por Brenda Jackson

La caricia de un amante (2007)

Título original: A lover`s touch (2006)

Editorial: Harlequin Ibérica

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Slate Landis y Kendra Redding

La intensa excitación de Kendra ante la imagen de un hombre en la playa sólo podía significar una cosa: ¡Slate Landis había vuelto a la ciudad!

Capítulo 1

Kendra Redding respiró hondo para cobrar fuerzas y echó a correr por la playa de arena. Mantenía la mirada fija frente a ella mientras corría por la orilla. El sol recién desperto miraba ya furtivamente a través del cielo. Aquél iba a ser un hermoso día de junio, un día caluroso pero bello.

A Kendra le encantaba aquella hora de la mañana, cuando casi todos los vecinos del pueblo costero donde vivía dormían aún. Era su hora de sosiego. Pronto, en cuanto abriera su consulta de optometrista unas horas después, estaría muy ocupada. Pero en ese instante lo único que oía, aparte de las gaviotas que volaban allá arriba, era el vaivén constante de las olas sobre la arena.

Mientras corría, Kendra pensaba en su padre. Le dolía que hubiera muerto el año anterior, apenas unos meses después de que se uniera a él en la consulta. Un ataque al corazón había acabado con su vida. Kendra, cuya madre había muerto cuando ella tenía cuatro años, siempre había estado muy unida a él.

A pesar de que sus pies, calzados con zapatillas de deporte, siguieron golpeando la arena al mismo ritmo, Kendra sintió de pronto un hormigueo en el estómago y las puntas de sus pechos se erizaron bajo la camiseta corta. Aminoró el paso mientras escudriñaba la franja desierta de playa en busca de algo que pudiera confirmar su sospecha -o, mejor dicho, la afirmación categórica de su cuerpo-, pero no vio nada.

Pensó que debían de ser imaginaciones suyas, respiró hondo y apretó el paso.

Un momento después se detuvo por completo. Respiró hondo de nuevo y miró a su alrededor. Esta vez sabía que su cuerpo no le estaba jugando una mala pasada. El hormigueo que había sentido poco antes en el vientre se había convertido en un palpito profundo que se iba deslizándose hacia abajo y se aposentaba justo bajo sus piernas. Sus pechos, entre tanto, se habían vuelto aún más sensibles.

Entornando los ojos distinguió a duras penas al corredor que había aparecido en el horizonte. Aunque estaba aún algo lejos, comprendió por su silueta que se trataba de un hombre. Corría a buen paso y parecía confundirse con los elementos que lo rodeaban.

Kendra inhaló bruscamente al sentir que su cuerpo reaccionaba de nuevo. Sólo había un hombre que pudiera ponerla en aquel estado de excitación, incluso desde lejos y tras siete años de ausencia. Era el hombre del que se había enamorado a los dieciséis, el hombre al que había entregado su virginidad a los diecisiete, el hombre al que anhelaba físicamente desde entonces. Y aunque no quería, podía sentir su contacto como si hubiera sido ayer cuando las caricias de sus fuertes manos arrojaron su cuerpo por una pendiente febril y le abrieron las puertas de la pasión en su forma más profunda.

Kendra tragó saliva, ahuyentó aquellos recuerdos y comprendió que el efecto que surtía sobre su cuerpo la persona que corría hacia ella sólo podía significar una cosa.

Slate Landis había vuelto a la ciudad.

Capítulo 2

Slate vio la figura femenina que corría lentamente hacia él y la reconoció de inmediato. Era ya hora de que sus caminos se cruzaran, ¿y qué mejor sitio para ello que las orillas arenosas de la playa de Fernandina, Florida, donde se habían declarado por primera vez su amor siete años antes?

Desde su llegada dos noches atrás, había intentado que su regreso a la ciudad pasara desapercibido. Había estado ocupado deshaciendo las maletas y poniéndose al día de todo y de todos gracias a Marcie Wilkins, una vieja amiga de su difunta abuela. Sabía que había muchas posibilidades de que se encontrara a Kendra esa mañana. De hecho, contaba con ello. Con el paso de los años, había descubierto que había pocas cosas en la vida que un hombre no pudiera quitarse de la cabeza, y la mujer a la que una vez había amado hasta el aturdimiento era una de ellas.

Su memoria lo devolvió de pronto al primer día que puso sus ojos en ella. Tenía entonces veinte años, acababa de empezar la universidad y ella había cumplido los dieciséis. Ese verano, al año siguiente de la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, Slate había ido a vivir con la señora Marcie, una vieja amiga de la familia. Tras conseguir trabajo como socorrista, fue a la consulta del optometrista de la ciudad para hacerse la obligada revisión ocular. Kendra trabajaba allí ayudando a su padre y, desde el momento en que la vio, Slate se sintió atraído hacia ella como una polilla por una llama.

Suspiró profundamente y procuró dominarse cuando por fin se detuvo delante de ella.

-Kendra... -dijo con una voz baja y ronca que casi no reconoció como suya.
-Slate –contestó ella casi sin aliento, pero Slate no supo si atribuirlo a la carrera o a la sorpresa de volver a verlo. Ella sostuvo su mirada intensa-. Dijiste que nunca volverías. ¿Qué estás haciendo aquí?

Su pregunta hizo retroceder a Slate hasta el desafortunado día en que, siete años antes, dejó la ciudad. En aquella época, ella era una jovencita de dieciocho años. Ahora, a los veinticinco, era una mujer preciosa, una mujer capaz de colmar las fantasías de cualquier hombre.

La mirada de Slate se deslizó, ardiente, por su cuerpo. La camiseta y los pantalones cortos ceñidos que llevaba ella le hicieron cobrar conciencia de sus muslos desnudos, de sus largas piernas, de sus caderas curvadas y del generoso canal de entre sus pechos. Sus ojos se deslizaron hacia arriba y fueron a posarse en su cara morena, más bella que nunca. Sabía que sus labios sabían tan bien como parecía; eran carnosos, maduros, y tenían un sabor genuinamente suyo.

Sintió que el deseo comenzaba a brotar en su vientre y que la sangre que corría por sus venas se volvía caliente y densa al recordar las veces que había acariciado con la lengua aquellos mismos labios.

-¿Slate?

Él se dio cuenta de que no había contestado a su pregunta y, de pronto, una parte de su ser pareció obsesionarse con la idea de recuperar a la mujer a la que había abandonado siete años antes.

Convencido de que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar, decidió que, en lugar de decírselo, le demostraría por qué había vuelto.

Capítulo 3

Kendra no sabía qué había pasado. Estaba mirando fijamente a Slate y, un instante después, se hallaba firmemente estrechada entre sus brazos y él devoraba su boca.

Su cuerpo se puso rígido y luego se relajó: la idea de resistirse a él se esfumó en cuanto la lengua de Slate penetró en su boca y atrapó la suya, despertando los recuerdos que había intentado enterrar con el paso de los años.

La boca de Slate era cálida y tenía un sabor dulce. Incluso el leve olor almizclado de su sudor era embriagador. Dentro de ella comenzaron a desatarse oleadas de deseo mientras él acariciaba su lengua y hacía que sus emociones desfilaran en tropel por su cabeza. Slate siempre había surtido aquel efecto sobre ella, incluso cuando era tan joven que ni siquiera entendía qué era la química sexual.

El súbito roce de su lengua sobre la de ella hizo que un fuego devorador prendiera entre sus piernas, y oyó que un gemido profundo escapaba de su garganta. Slate metió los dedos entre su pelo para sujetarla, como si ella pudiera siquiera pensar en alejarse. Aunque la razón le decía que permitirse el placer de besar así a Slate era una locura, Kendra tenía intención de satisfacer su deseo en ese momento y criticar lo absurdo de su conducta después.

Al oírse el sonido distante de la bocina de un barco marisquero, Slate apartó

lentamente su boca de la de ella. Fue entonces cuando Kendra advirtió que, en algún momento, al flaquearle las piernas, se había agarrado a sus hombros para no caerse.

Bajó despacio los brazos y sintió que él apartaba los dedos de su pelo, donde habían quedado enredados. Era consciente de que cualquier intento de fingirse indiferente a su beso sería inútil: estaba conmovida y tenía la sensación de que él lo sabía. Lo único que nunca habían podido ocultarse el uno al otro era el deseo. Excitarla era, para Slate, pan comido.

-Kendra... -murmuró él, y su voz baja y sensual volvió a captar la atención de Kendra.

Ella respiró hondo para calmarse mientras el deseo la inundaba. Slate medía mucho más de metro ochenta, tenía un cuerpo bien proporcionado y era del color del chocolate semiamargo. A sus veintinueve años, era un hombre muy apuesto, uno de esos hombres en los que las mujeres, jóvenes y viejas, se fijaban a primera vista.

Kendra frunció el ceño al recordar lo fácilmente que la había dejado siete años ante, sin mirar atrás, y el dolor que había sentido.

-¿Por qué, Slate? ¿Por qué has vuelto después de tanto tiempo?

Él alargó la mano y acarició con el pulgar su labio inferior, que seguía aún estremecido por sus besos. Kendra confiaba en que no notara el deseo ardiente, feroz, que se había apoderado de ella. Pero, a juzgar por la mirada oscura y vehemente de sus ojos, Slate lo había percibido.

-Esperaba que, después de ese beso, la razón por la que he vuelto fuera obvia, Kendra -dijo con una voz ronca y profunda que estremeció a Kendra hasta la médula de los huesos-. He vuelto por ti.

Capítulo 4

Slate fijó los ojos en ella y observó cómo su cuerpo se crispaba al oír sus palabras. Marcie Wilkins tenía razón. Conseguir que Kendra lo perdonara por marcharse como se había marchado siete años atrás no sería fácil.

-¿No vas a decir nada, Kendra?

Ella por fin lo miró a los ojos y, cuando lo hizo, Slate se sobresaltó al ver el dolor que había en su semblante.

-¿Has vuelto por mí? ¿Crees que puedes presentarte aquí después de siete años y decir eso? –preguntó ella con vehemencia-. Han sido siete años, Slate. Siete años sin una llamada ni una carta. ¿No pensaste que habría seguido adelante con mi vida?

Él suspiró sin dejar de mirarla.

-No, Kendra, no lo pensé.

-Bien, ¿y qué pensaste? –replicó ella.

Aquél no era momento de decirle que había pensado, que confiaba, que había rezado por que, tras superar por fin aquel funesto día que estuvo a punto de acabar con él, pudieran tener un futuro juntos. Se había alejado de ella y de todos los demás porque se culpaba por la muerte de Susan Conrad. Sentía que

debería haber hecho algo más por salvar a aquella niña de seis años que se internó demasiado en el mar.

Aunque Kendra y él estaban en la playa ese día, él no estaba de servicio como socorrista cuando oyó los gritos de la madre de Susan. Consciente de que tenía más experiencia y nadaba mucho más rápido que el socorrista de servicio, se lanzó al mar y nadó más aprisa que en toda su vida, en un intento por salvar a la niñita. Pero la corriente era muy fuerte y, cuando llegó hasta ella, era ya demasiado tarde.

Aunque todo el mundo le decía que había hecho todo lo posible –hasta casi perder la vida en el empeño-, Slate no había podido olvidar la expresión de aquella niña cuando se aferraba aún a la esperanza de que la salvara. Y la única cosa de la que no había sido capaz de desprenderse era el remordimiento por haberle fallado.

Le había costado años de reflexión, de ayuda psicológica y de terapia dejar atrás el pasado y liberarse de la culpa. Pero, durante el año anterior, había llegado a darse cuenta de que, aunque había podido sacarse del alma la mala conciencia por la muerte de Susan, le era imposible sacarse a Kendra del corazón.

Así que había tomado la determinación de regresar para recuperarla. Sabía que todo estaba en contra suya. Pero tenía una semana para demostrarle lo que su corazón ya sabía. Que Kendra era su vida y que no había forma de que pudiera seguir viviendo sin ella.

Por fin, mientras le sostenía la mirada, decidió contestar a su pregunta.

-Creo que tenemos que hablar. Eso, al menos, nos lo debemos el uno al otro.

Capítulo 5

La voz de Slate volvió a agitar el deseo en el interior de Kendra. Se obligó a apartar la mirada de sus ojos y fue a posarla en la cinturilla de sus pantalones cortos. Rápidamente volvió a fijarla en su cara. Slate era el único hombre que conocía capaz de excitarla hasta ese punto con un solo beso. Claro que, entre ellos, las cosas siempre habían sido así. Era como un efecto dominó. El deseo de Slate desencadenaba automáticamente el de ella, y viceversa.

–No nos debemos nada, y no tenemos nada de que hablar –repuso Kendra por fin–. Cuando te marchaste dejaste muy claro que no pensabas volver. Slate asintió con la cabeza.

–Sí, sé que eso fue lo que dije, y en aquel momento lo sentía. Pero tenía que volver para pedirte perdón por cómo me marché.

Kendra suspiró. Siempre había comprendido su necesidad de dejar la playa, de estar solo durante un tiempo para asumir la muerte de Susan Conrad. En ningún momento, sin embargo, había pensado que fuera capaz de abandonarla por completo y dar la espalda a su amor.

Pero lo había hecho.

–Puedo perdonarte por haberte marchado, Slate. Entendía por lo que estabas pasando. Pero no sé si puedo perdonarte por no haberme llamado ni una sola vez para decirme que estabas bien. Ni siquiera te pusiste en contacto con la señora Marcie, y eso que estabais muy unidos.

–Fueron malos tiempos para mí, Kendra –dijo él con suavidad.

–Qué lástima –repuso ella fríamente–. También lo fueron para mí, Slate –inhaló profundamente, deseosa de que aquel episodio de su vida regresara al pasado, adonde pertenecía–. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte? –preguntó. Necesitaba saber cuánto tiempo iba a tener que evitarlo.

Slate se quedó callado unos segundos antes de contestar a su pregunta.

–Estaré aquí una semana.

Ella asintió con la cabeza. Después, él regresaría a Nueva York. Unos meses antes, Kendra había oído que la señora Marcie le decía en la iglesia a la señora Butternut que Slate vivía en Harlem y era dueño de una próspera empresa de venta por Internet que llevaba desde su casa, y que diseñaba páginas web y bases de datos para otras compañías.

–¿Vas a alojarte en el hotel de los Wilkins mientras estés en el pueblo?

–No, en su casa de la playa. Es más íntima –contestó Slate.

Kendra lo miró a los ojos.

–¿En la casa de la playa?

–Sí. Recuerdas dónde está, ¿no?

Ella tragó saliva con dificultad. No quería pensar en los recuerdos que evocaba la casa de la playa. El hotel de los Wilkins y su casa estaban en la misma

carretera, y la casita de la playa se alzaba, coqueta, entre los dos edificios, escondida entre dunas de arena.

La cercanía entre el hotel de los Wilkins, donde Slate había vivido los veranos que trabajaba como socorrista, y la casa de Kendra era la razón por la que se habían hecho tan íntimos, y tan rápidamente. Los encuentros secretos en la casita de playa, de noche, se habían convertido en norma para ellos. –Claro que lo recuerdo –murmuró Kendra–. Fue allí donde hicimos el amor por primera vez.

Capítulo 6

–Sigo pensando que tenemos que hablar.

Las palabras de Slate volvieron a captar la atención de Kendra, que respiró hondo para calmarse. Con la mayor indiferencia de que fue capaz, dijo.

–No sé si será posible. Estoy muy ocupada casi todo el tiempo. Desde que murió mi padre, me he hecho cargo de la tienda.

Slate asintió con la cabeza.

–Me enteré de lo de tu padre, Kendra, y lo siento mucho. Era un buen hombre. Yo lo apreciaba mucho.

–Sí, era un buen hombre, y él también te apreciaba –respondió ella con voz suave. Y era cierto. Su padre nunca había hablado mal de Slate, a pesar de que sabía el daño que le había hecho a su hija.

–Me parece maravilloso que sigas adelante con el negocio, como él habría querido. Estoy seguro de que estaba orgulloso de ti.

Kendra asintió con la cabeza.

–Sí, lo estaba –murmuró, y pensó en lo contento que se puso su padre cuando decidió hacerse optometrista.

–Yo también estoy muy orgulloso de ti, Kendra.

Las palabras de Slate refrenaron nuevamente los pensamientos de Kendra, que volvió a fijar su atención en él.

–Gracias, Slate, yo también estoy orgullosa de ti. Tengo entendido que tu negocio de ventas por Internet va muy bien. Siempre supe que algún día tendrías éxito.

Una punzada de tristeza la atravesó al recordar que siempre había creído que estaría a su lado cuando le llegara el éxito. Durante aquellos veranos, había soñado a menudo con que Slate se instalara definitivamente en Fernandina y se dedicara a crear páginas web y bases de datos mientras esperaban a que ella acabara la universidad. Luego, se casarían y construirían una enorme casa frente al mar, su casa soñada, en el terreno que los padres de él le habían dejado, y vivirían felices para siempre.

Adiós a todos esos sueños, pensó. Aquello era el mundo real, y en el mundo real los sueños no se hacían realidad.

–Bueno, tengo que acabar mi carrera, si quiero abrir la tienda a tiempo –dijo. Sentía la necesidad de seguir adelante, sin permitirse detenerse a pensar en lo que nunca sería–. Adiós, Slate.

Echó a correr, negándose a mirar atrás.

* * *

Slate permaneció inmóvil mientras veía alejarse a Kendra. Sus ojos, oscuros y penetrantes, siguieron fijos en ella hasta que se perdió de vista. Sólo entonces se obligó a salir de su ensimismamiento. Kendra estaba decidida a no darle ninguna oportunidad, pero él se negaba a permitir que lo mantuviera a raya. Ella decía una cosa, pero su cuerpo decía otra, y, de momento, Slate decidió hacer caso a su lenguaje corporal y no a sus palabras.

Una sonrisa resuelta se dibujó en las comisuras de su boca cuando echó a correr de nuevo. Pasara lo que pasase, tenía intención de derribar los muros que Kendra levantara entre ellos. Si ella creía que podía evitarlo mientras estuviera en el pueblo, se equivocaba. Estaba decidido a hacer cuanto fuera necesario para recuperarla y, si tenía que conquistar su cuerpo antes de abrirse paso hasta su razón, que así fuera.

Capítulo 7

–¿Por qué no me has dicho que Slate Landis había vuelto?

Kendra, que estaba comiendo una ensalada, levantó la cabeza y miró a su mejor amiga, Cheryl Wilkins-Huffman, que estaba sentada al otro lado de la mesa. Eran amigas íntimas desde que Kendra tenía uso de razón y durante años lo habían compartido todo. A los dieciséis años, Kendra fue la primera en saber que Cheryl se había enamorado de Carl Huffman. Era, además, la madrina de Carly, su hija de dos años.

–No te lo he dicho porque acabo de enterarme esta mañana –tras beber un sorbo de té con hielo, añadió–: Además, yo debería preguntarte lo mismo, puesto que está viviendo en casa de tu abuela.

Cheryl frunció las cejas.

–¿En el hotel?

–No, en la casa de la playa.

Cheryl esbozó una sonrisa.

–Ahora me explicó por qué mi abuela estaba tan rara el otro día, cuando fui a llevarle a Carly. Seguro que Slate le pidió que no dijera nada. Creo que quería darte una sorpresa.

–Pues me la ha dado, desde luego. Lo vi esta mañana, mientras corría. Al principio pensé que era una alucinación. Era la última persona con la que esperaba encontrarme.

Cheryl asintió con la cabeza.

–A mí me lo ha dicho Carl. Se encontraron ayer, en la tienda de Milner. Kendra bebió otro sorbo de té.

–En fin, parece que hoy todo el mundo se empeña en decírmelo, por si acaso no me he enterado. Esta mañana he tenido por lo menos cuatro visitas en la tienda de gente que de pronto necesitaba una revisión ocular. Naturalmente, todos me han dicho que Slate había vuelto al pueblo.

Cheryl se rió.

–La gente esperaba que os casarais. En aquella época, todo el mundo estaba pendiente de vuestra vida amorosa.

Kendra sacudió la cabeza al acordarse.

–Si quieres que te diga la verdad, creo que ahora también están demasiado pendientes, aunque Slate y yo no tengamos vida amorosa.

–¿Te ha dicho por qué ha vuelto después de tanto tiempo?

Kendra exhaló un profundo suspiro mientras ponía más aliño a su ensalada.

–Dice que quiere que lo perdone por el modo en que se marchó.

–¿Y vas a perdonarlo?

Kendra tomó su tenedor.

–Cheryl, yo entendía por qué se marchó, así que en ese sentido no tengo nada que perdonarle. Lo que no pude aceptar entonces y sigo sin poder aceptar es que no me haya llamado ni una sola vez en siete años.

Cheryl asintió con la cabeza.

–Carl estuvo hablando con él y, por lo que me ha dicho, a Slate le costó mucho superar la muerte de Susan Conrad.

Kendra sacudió la cabeza.

–Pero, aun así, podría haber llamado. Creo que me merecía al menos eso, dado que aseguraba que me quería.

Cheryl la miró a los ojos.

–¿Has pensado qué puede significar su regreso?

Kendra levantó una ceja.

–¿Qué crees tú que puede significar?

–Que debéis enterrar el pasado y seguir adelante con vuestras vidas.

Capítulo 8

–He oído que ese chico, Landis, ha vuelto al pueblo.

Kendra no pudo evitar sonreír mientras ajustaba el equipo oftálmico. La persona con la que había estado esa mañana en la playa no era, desde luego, un chico. Ningún chico tenía un cuerpo como aquél.

–Sí, señora Martha, yo también lo he oído.

–¿No lo has visto aún?

Kendra decidió decir la verdad. En aquel pueblo, una mentira podía volverse contra quien la decía para atormentarlo.

–Sí, señora. Me encontré con él esta mañana, mientras corría.

–¿Y?

Kendra sacudió la cabeza. A sus ochenta años, aquella mujer seguía siendo afilada como un clavo y estando pendiente de la vida de todo el mundo.

–Pues que me alegré de volver a verlo.

Martha Bolden frunció el ceño.

–¿Eso es lo único que tienes que decir, jovencita?

Kendra ajustó el foco para ver con claridad los ojos penetrantes de la señora Bolden.

–Sí, señora, aparte de decirle que sus ojos siguen teniendo tan buen aspecto como la semana pasada, cuando vino a hacerse su revisión anual.

La anciana tuvo la decencia de sonreír.

–Bueno, a mi edad y tratándose de la vista toda precaución es poca. “Sí, sobre todo si una cree que quizá haya algo interesante que ver”, pensó Kendra mientras apagaba su equipo. Echó un vistazo al reloj. Le quedaba una hora para cerrar.

Después de que Martha Bolden se marchara, volvió a su despacho para anotar algunos datos en las fichas de varios pacientes. A no ser que entrara alguien más, daba la jornada por acabada.

No pudo evitar recordar su conversación con Cheryl durante la comida y el comentario que había hecho su amiga a propósito de que Slate y ella volvieran a estar juntos. Intentaba no sentir nada por él, a pesar de que su boca seguía trémula por efecto de sus besos. Se recostó en la silla y recordó cómo la había besado Slate, como si no hubieran estado siete años separados, y lo fácilmente que había respondido su cuerpo.

El tintineo de la campanilla de la puerta atravesó la oficina y llamó su atención. La joven a la que había contratado un año antes como ayudante se había ido al marcharse el último paciente citado. Kendra salió de su despacho y se detuvo en seco al ver quién era aquel nuevo paciente que llegaba sin cita. Slate Landis.

Ella tragó saliva cuando sus ojos se encontraron. Slate estaba delante de la vitrina. Un rayo de sol iluminaba sus facciones y su cuerpo. Llevaba una

camiseta ceñida y unos pantalones vaqueros cortos, y estaba totalmente arrebatador.

Un silencio violento se adueñó de la habitación mientras ella intentaba recobrar la compostura. Se aclaró la garganta.

–Slate, ¿qué estás haciendo aquí?

Él se apartó de la vitrina y le lanzó una sonrisa cálida y alegre.
–He venido a hacerme una revisión.

Capítulo 9

Kendra frunció el ceño. No creía ni por un instante que Slate necesitara que le examinaran los ojos, sobre todo teniendo en cuenta cómo la habían escudriñado aquellos mismos ojos esa mañana y cómo la miraba en ese momento. Fijó la mirada en él.

–¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una revisión?

Él se encogió de hombros.

–Ahora mismo no lo recuerdo exactamente. Pero es posible que no haya vuelto a hacerme una desde la última vez que me vio tu padre.

Kendra suspiró.

–Está bien, entonces. Sígueme.

Slate le lanzó una inmensa sonrisa.

–Claro.

Cuando llegaron a su despacho, Kendra cerró la puerta tras ellos.

–Por favor, siéntate en esa silla mientras busco tu ficha. ¿Sabes si hay glaucoma en tu familia?

No pudo evitar fijarse en lo bien que encajaba su cuerpo fornido en la recia silla cuando Slate se sentó.

–No, que yo sepa.

Ella asintió con la cabeza y sacó su ficha del armario.

–De acuerdo, pero creo que de todos modos te voy a hacer también la prueba del glaucoma.

–Lo que a ti te parezca mejor.

Kendra levantó una ceja. En aquel momento, no le parecía lo mejor que estuvieran los dos a solas en su despacho.

–Échate hacia atrás y relájate un momento mientras coloco el equipo.

–De acuerdo.

Kendra se inclinó hacia él para acercarle la lámpara a la cara. Empezó a darle vueltas la cabeza al sentir el olor de su loción de afeitar. Era una fragancia tan masculina... Su cuerpo había comenzado ya a responder a su olor y a su cercanía.

–Apoya la barbilla aquí y lee la línea más cercana a la de abajo que veas bien.

–Está bien. Creo que puedo leer las letras de la última línea.

–De acuerdo, pues adelante, de izquierda a derecha.

–Pues hay una E de éxtasis, una S de sexo, una P de pasión, una O de orgas...

–Es suficiente con que digas la letra.

–Si lo prefieres.

–Lo prefiero.

–De acuerdo. Las siguientes letras son T y F –Slate sonrió–. Tenía preparadas unas palabras muy buenas para ellas.

Kendra sacudió la cabeza, sonriendo.

–Apuesto a que sí –apartó la máquina de su cara y anotó algunos datos en su ficha.

–Bueno, ¿qué opinas? –preguntó él.

Ella se dijo que, si no conseguía que se fuera de allí cuanto antes, perdería la capacidad de pensar, al menos racionalmente. Intentaba mantener una actitud profesional, pero Slate se lo estaba poniendo muy difícil.

–Te lo diré después de hacerte la prueba del glaucoma –dijo mientras preparaba el tonómetro.

El procedimiento concluyó en apenas unos minutos.

–Tienes una visión perfecta, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta el tipo de trabajo que haces. Está claro que dosificas el tiempo que pasas delante de la pantalla del ordenador, y eso es muy inteligente por tu parte.

Slate asintió y se puso en pie.

–¿Ha acabado el examen?

–Sí.

–¿Soy tu último paciente de hoy?

Kendra levantó una ceja antes de contestar.

–Sí, ¿por qué?

–Por esto.

Y, por segunda vez ese día, Kendra se encontró entre sus brazos.

Capítulo 10

Por segunda vez ese día, Kendra no se resistió a él. Slate la estrechó entre sus brazos con suave precisión y se apoderó de su boca con la facilidad y la experiencia de un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Kendra se sintió indefensa e incapaz de hacer nada, excepto seguirle la corriente. Sobre todo, porque su cuerpo gozaba al sentirse abrazado con fuerza por un hombre con el que tenía afinidad. Cuando sintió el roce firme y duro de su erección en la tripa, abrió la boca bajo la de él.

Slate exploró por completo su boca con la lengua, haciéndola sentirse débil por el deseo y consumida físicamente por la pasión. Kendra sintió que le tocaba las nalgas y la apretaba contra su cuerpo, y comenzó a acariciarlo audazmente. La pasión, que no sentía desde hacía más de siete años, se apoderó de ella, hizo arder su cuerpo y desbarató su razón. Los besos de Slate llenaban un espacio que había permanecido vacío desde su marcha. Y su cuerpo le decía exactamente qué quería y de quién. Cuando una de las manos de Slate abandonó su trasero para acariciar su pecho, excitando la punta con el pulgar, Kendra dejó escapar un profundo gemido gutural. Recordaba la primera vez que Slate la había tocado así y cómo el sentir sus manos sobre los pechos había erizado cada nervio de su cuerpo... igual que en ese instante.

El estrépito del claxon de un coche los separó bruscamente y, por un instante, se miraron el uno al otro intentando controlar su respiración.

Por fin Kendra dijo:

–No puedes ir por ahí besándome cuanto te apetezca, Slate.

Para mostrar su desacuerdo, él se inclinó de nuevo y la besó en la punta de la nariz. Instintivamente, Kendra se acercó a él.

–¿No puedo?

–No, no puedes –susurró ella suavemente, pero al mismo tiempo levantó la boca hacia la suya para que volviera a besarla.

Slate la besó con ansia y Kendra se estremeció de nuevo bajo la acometida de su boca. Tocó los músculos duros de sus hombros y se dejó llevar por el placer y la magia de su boca. Tenía que ser más fuerte la próxima vez, razonaba, pero en ese momento necesitaba aquello. Lo deseaba. Una parte de ella había olvidado el placer que podía sentir una mujer en brazos de un hombre. Sobre todo, si esos brazos eran los de Slate Landis.

Un momento después, Slate apartó lentamente su boca y la miró a los ojos.

–Cena conmigo esta noche, Kendra –dijo con voz baja y áspera.

Kendra estuvo a punto de rehusar su invitación. De pronto sentía la necesidad de recobrar, antes de hacer con él algo que podía lamentar más tarde. Pero, cuando Slate comenzó a depositar leves besos alrededor de su boca, perdió la capacidad de resistir.

–Sí, cenaré contigo.

Capítulo 11

–Si tan pocas ganas tienes de salir con Slate esta noche, Kendra, ¿por qué has aceptado su invitación?

Kendra se apartó del espejo, miró a Cheryl y arrugó el ceño al pensar en los besos que Slate y ella habían compartido ese día, en su despacho.

–Digamos que me pilló en un momento débil.

Cheryl se echó a reír.

–Sí, ya me imagino cómo fue. Sé lo necesitada que estás.

Kendra puso los brazos en jarras.

–¿Se puede saber qué quieres decir con eso?

–Lo que he dicho. Soy tu mejor amiga. Sé qué haces y qué no haces, y en estos últimos siete años no has estado con nadie –Cheryl enarcó una de sus cejas negras y sesgadas–. A no ser que no me lo hayas contado todo. Kendra arrugó aún más el ceño.

–Te he dicho todo lo que tenías que saber. Y tienes razón, no ha habido nadie desde Slate. Por eso lo de esta noche me pone tan tensa –se dejó caer en su cama–. Estoy loca de deseo.

–Pues acuéstate con él. Siete años es mucho tiempo de abstinencia. Kendra profirió un gruñido.

–Sí, dímelo a mí. Pero no puedo permitir que Slate piense que puede volver a la ciudad después de todo este tiempo y retomar lo nuestro donde lo dejó.

–Estoy de acuerdo, pero, ¿qué hay de malo en que vea con sus propios ojos lo que se ha estado perdiendo todos estos años? Creo que deberías combatir el fuego con el fuego. Cambiar las tornas y que durante los próximos siete días, esté a tu merced.

Kendra se apoyó en las palmas de las manos, se inclinó hacia atrás, ladeó la cabeza y miró a los ojos a su amiga.

–¿Estás sugiriendo que me líe con él?

Cheryl sonrió.

–Sí, que tengáis una aventura apasionada y que, cuando pase esta semana, lo dejes. Es una idea fantástica, a no ser que...

Kendra frunció el ceño.

–¿A no ser que qué?

Cheryl la miró pensativamente.

–A no ser que te dé miedo no ser capaz de dejarlo porque en parte todavía lo quieras.

Kendra tragó saliva y sintió un nudo en la garganta. Las palabras de Cheryl le habían llegado muy hondo.

–No estoy enamorada de Slate.

–Entonces, no tienes de qué preocuparte. Pero, como tu mejor amiga que soy, sugiero que te asegures de qué sientes por él. Slate y tú tuvisteis una relación muy especial y, aunque en estos años casi no has hablado de él, siempre he tenido la sensación de que, si no salías con otros hombres, era porque todavía lo querías.

Kendra levantó la barbilla.

–Si eso es lo que creías, estabas equivocada.

Cheryl asintió con la cabeza.

–Si estás segura de eso, no tienes nada que temer. Conseguirás la satisfacción sexual que necesitas y saldrás con el corazón intacto.

A Kendra le gustó cómo sonaba aquello, y las comisuras de su boca se levantaron en una sonrisa seductora.

–Creo que podré arreglármelas. Que empiece la diversión.

Capítulo 12

Slate comprendió que estaba en apuros en cuanto Kendra abrió la puerta de su casa. Se fijó enseguida en la ropa que se había puesto: un vestido negro y ceñido que exhibía cuanto ocultaba. El modo en que aquella prenda se ajustaba a su figura le recordó lo tentadoras que eran todas las partes de su cuerpo, tapadas o destapadas. El vestido acababa muy por encima de las rodillas y tenía a ambos lados rajas que dejaban entrever sus piernas largas y bellísimas. Slate tragó saliva con dificultad. No había duda de que iba a acordarse de esa noche mucho tiempo.

–Pasa, Slate. Sólo tengo que recoger el bolso –dijo ella, recordándole de ese modo que no había ido allí para quedarse en la puerta y mirarla embobado.

–Sí, claro –dijo, y al entrar la vio desaparecer al fondo de la casa. Se limpió el sudor de la frente con la mano. Las cosas ya se estaban calentando. Levantó la mirada cuando Kendra volvió a entrar en la habitación.

–Estoy lista –dijo ella mientras se colgaba el bolso del hombro–. Pero no me has dicho adónde vamos.

Slate miró sus ojos oscuros y respondió:

–He pensado que sería agradable ir a Jacksonville. Tengo entendido que hay una marisquería muy buena en el canal. Y sé cuánto te gusta el marisco.

La sonrisa de Kendra se hizo más amplia. Se alegraba de que hubiera decidido no llevarla a ningún sitio de por allí. Eran ya la comidilla del pueblo.

–Estupendo, pero primero creo que deberíamos resolver una pequeña cuestión –dijo dando un paso hacia él y rodeándole el cuello con los brazos–. Ya que empezamos el día así, ¿por qué no seguir? –susurró suavemente antes de besarlo.

Quería demostrarle que podía jugar al mismo juego que él. Cerró los ojos, pegó su cuerpo al de Slate y sintió de inmediato que él se excitaba. Luego, cuando Slate abrió la boca bajo la suya, deslizó la lengua dentro y resolvió jugar al “cázame si puedes”.

Él la atrapó, apresó su lengua y devoró su boca como un hambriento. Cuanto más se regodeaba él en aquel beso, más inundaba el cuerpo de Kendra un deseo tan denso que casi sentía que la asfixiaba. Slate deslizó las manos hacia abajo y tocó sus caderas para arrimarla a su cuerpo al tiempo que ladeaba la cabeza sin dejar de besarla. Kendra decidió apartarse de él antes de que acabaran haciendo el amor en su cuarto de estar. No era así como esperaba que acabara la noche.

Al menos, aún. Pensaba atormentarlo un poco más.

Luchó por controlar el ardor que sentía en las entrañas y se lamió los labios como si paladeara el sabor de Slate. Después echó la cabeza hacia atrás y sonrió, radiante.

–Está bien. Ya podemos irnos.

Incapaz de articular palabra, Slate se limitó a asentir con la cabeza y a cruzar tras ella la puerta de la calle.

Capítulo 13

Kendra intentaba torturarlo, concluyó Slate mientras acababan de comer el último plato de la cena. Después de empezar la velada con un beso ardiente, las cosas se habían puesto aún más calientes en el trayecto de media hora en coche hasta el restaurante. Kendra se había sentado con las piernas cruzadas de tal modo que enseñaba con todo descaro la raja del vestido. Él apenas había podido mantener los ojos fijos en la carretera.

Luego, cuando les habían llevado la cena, Kendra había convertido el comer centollos en la cosa más erótica que él había visto nunca, al chupar y lamer las pinzas prácticamente hasta dejarlas secas. Los movimientos de su boca mientras comía todavía le hacían removerse en la silla. Se imaginaba las cosas que Kendra podía hacer con esa boca, cosas que nunca habían hecho cuando salían juntos, años atrás.

—¿Vas a querer postre?

La pregunta de Kendra captó su atención y sus miradas se encontraron desde lados opuestos de la mesa. Sí, Slate quería postre, pero lo que más le apetecía no estaba precisamente en el menú.

Respiró hondo varias veces antes de contestar.

–No, creo que paso. Pero tú puedes pedir algo, si quieres.

Kendra sonrió.

–Gracias. He visto en la carta que tienen helados de cucurucho. Creo que pediré uno. Esta noche me apetece chupar algo.

El miembro erecto de Slate se tensó contra la cremallera de su pantalón con tanta fuerza que estuvo a punto de gemir de dolor.

–Pues entonces pídelo, desde luego –dijo con voz ronca, y le sorprendió no haberse quedado sin habla.

La sonrisa de Kendra se hizo más amplia.

–Creo que voy a pedirlo, sí.

Slate pensó que, en sus veintinueve años, nunca había visto a nadie lamer un helado como lo hacía Kendra. Estar sentado frente a ella y ver su lengua en acción bastaba para darle ganas de tomar más de una copa de vino, pero, dado que era él quien conducía, se quedó allí sentado y dejó que lo atormentara. Además tenía la sensación de que, si quería pasar el resto de la noche con Kendra, debía mantenerse alerta, y no podía evitar preguntarse cómo se proponía ella que acabara la velada.

Tras pagar la cuenta, se levantó.

–¿Nos vamos?

–Sí.

Slate asintió con la cabeza. Pronto lo averiguaría.

Un intenso deseo se apoderó de él cuando, al levantarse ella, echó un vistazo

a su vestido. Lo que alcanzaba a ver de su piel oscura y tersa bastó para hacerle perder el control.

–¿Te he dicho lo guapa que estás esta noche?

Hasta su risa lo excitaba.

–Sí, cuatro veces. Gracias. Y ya sabes lo que dicen, ¿no?

Él levantó una de sus cejas negras con curiosidad.

–No, ¿qué dicen?

–Que con halagos se llega a cualquier parte.

Slate esbozó una sonrisa mientras pensaba en toda clase de posibilidades.

–¿A cualquier parte?

Capítulo 14

–Ahh –gimió Kendra–. Baja un poco más. Ahh, ahora un poquito a la derecha. Más fuerte. Sí, oh, sí, eso es, más fuerte todavía. Umm, mucho mejor. Tras un último gemido, miró por encima del hombro y dijo:

–Gracias por rascarme la espalda, Slate. Ya puedes subirme la cremallera. A Slate le temblaba la mano cuando subió lentamente la cremallera del vestido de Kendra. Nada más parar a la entrada de su casa, ella había comenzado a removerse en el asiento y a decir que necesitaba que le rascaran la espalda. Slate había accedido encantado, hasta que sus dedos habían entrado en contacto con la piel desnuda de ella. Lo primero que había notado era que no llevaba sujetador. Lo siguiente, lo cálida y tersa que era su piel. Había deslizado la mano hasta el lugar que, según le había dicho ella, tenía que rascar. Los sonidos guturales que empezó a emitir Kendra cuando por fin dio con aquel lugar, le habían provocado estremecimientos de excitación que le corrían por la columna vertebral. Si Kendra gemía así por que le rascara la espalda, no quería ni imaginar qué sonidos haría cuando hicieran el amor. –¿Seguro que estás mejor? –preguntó una vez le hubo subido del todo la cremallera del vestido.

Ella se volvió en el asiento.

–Sí, seguro –sonrió y lo miró pensativamente–. Casi había olvidado cuánto me gustan tus manos.

La sangre comenzó a correr por las venas de Slate a velocidad alarmante cuando, de pronto, volvieron a asaltarle los recuerdos.

–Me alegra haberte ayudado a recordar –dijo mientras sus dedos acariciaban distraídamente el volante–. Compartimos algunos momentos maravillosos en aquella época, ¿verdad?

Kendra apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento. Los recuerdos se agolpaban también en su cabeza.

–Sí, es verdad. Todas las noches esperaba con ansia el momento en que oía roncar a mi padre para salir a hurtadillas de casa. Nunca olvidaré cómo nos encontrábamos en la playa, bajo ese precioso cielo nocturno, y hablábamos durante horas.

Slate asintió con la cabeza. Esas noches no se dedicaban únicamente a hablar. Para mantener en secreto lo que hacían, él iba cada semana a Jacksonville a comprar preservativos. De ese modo, se aseguraba de tener siempre a mano.

–Bueno, se está haciendo tarde. Me voy a casa –dijo Kendra suavemente, interrumpiendo sus cavilaciones. Ladeó la cabeza y lo miró–. Gracias por una noche maravillosa.

Slate tragó saliva con esfuerzo y se removió en su asiento mientras se preguntaba si de veras Kendra pensaba mandarlo a casa en aquel estado de excitación. Sus siguientes palabras lo sacaron de dudas.

–Espero que duermas bien esta noche, Slate.

Él intentó disimular su decepción y le lanzó una sonrisa.

–Sí, yo también lo espero.

Kendra puso una mano cálida sobre su muslo, muy cerca de un parte de él que palpitaba, llena de deseo.

–Me gustaría invitarte a cenar mañana por la noche, a las siete. ¿Crees que podrás?

Su mirada sugería que no estaba pensando solamente en una cena, y Slate no vaciló en responder:

–Sí, puedo.

Capítulo 15

Tres horas después, Slate seguía despierto. ¿Cómo diablos iba a dormir si no dejaba de pensar en Kendra? Aunque habían disfrutado de una conversación muy agradable durante la cena, no habían discutido las cosas de las que él quería hablarle. Parecía que Kendra evitaba intencionadamente cualquier discusión sobre el pasado. Habían hablado, en cambio, de amigos comunes y de los avatares de la política local.

Slate quería decirle hasta qué punto se habían desintegrado sus emociones tras la muerte de Susan Conrad, y que no había querido que ella lo viera así. El año siguiente no había ido a la universidad con la única intención de conservar la cordura y, cuando había vuelto, se le había hecho muy cuesta arriba. Quería que Kendra supiera que su amor por ella era lo único que le había impedido caer en la locura durante esa época, y que tras buscar consejo y terapia, había vuelto a sentirse normal y había querido ir en su busca, pero se había convencido de que, después del tiempo que había pasado, ya no merecía su amor. Había creído hacer lo correcto al dejarla tranquila para que encontrara el amor y la felicidad con otra persona.

Finalmente, se había derrumbado y había contactado con Marcie Williams, y la anciana lo había convencido de que, a pesar de lo que creía, Kendra lo necesitaba y él la necesitaba a ella. La señora Marcie le había hablado de la muerte del padre de Kendra y de cómo ella parecía haber aceptado el porvenir

de una solterona, al no salir con ninguno de los hombres sin compromiso del pueblo.

Hablar con la señora Marcie le había hecho darse cuenta de lo mucho que seguía queriendo a Kendra. Ahora sabía que no sería del todo feliz hasta que ella formara parte de su futuro. Oh, sí, también la quería en su cama... pero, antes que nada, la quería en su vida.

Se levantó y resolvió que, ya que no podía dormir y hacía una noche tan hermosa, podía ir a dar un paseo por la playa.

* * *

A casi dos kilómetros de allí, Kendra tampoco podía dormir. De pie, en el porche, pensaba que esa noche se había excedido con Slate y que, de paso, había cometido el error de exponerse demasiado.

Su cuerpo ardía, y no podía hacer nada por refrescarse. Se había quedado prácticamente desnuda y, aun así, seguía acalorada. No se había atrevido a dejar que Slate le diera un beso de buenas noches. Después de que él aceptara su invitación a cenar, había abierto la puerta del coche y entrado corriendo en la casa sin mirar atrás.

Pensar en él sólo conseguía excitarla aún más. Consciente de que, en su estado, no encontraría alivio esa noche, entró en la casa y volvió a su dormitorio. Se quitó la bata y se puso rápidamente un bikini.

Hacía una noche maravillosa para ir a nadar y decidió ir a su parte preferida de la playa: la franja de arena que se extendía delante de la casa de la playa.

Capítulo 16

Hacía fresco y Kendra se ciñó la bata por la cintura mientras caminaba por la orilla. El resplandor de la luna parecía infinito y llenaba de destellos las olas que alcanzaban la playa.

Kendra respiró hondo para calmarse y sintió el olor del océano. Un sinfín de estrellas brillaba en el cielo, como diamantes dispersos en el cielo oscuro y aterciopelado. Unos minutos después casi había alcanzado su destino cuando de pronto distinguió una silueta no muy lejos de donde estaba. El reflejo de la luna daba luz suficiente para que viera a la persona que permanecía de pie a menos de veinte pasos de ella, contemplando el mar.

Apretó la toalla contra su pecho cuando una voz interior le dijo que diera la vuelta y regresara a casa. Slate era la última persona a la que necesitaba ver esa noche, pero se sentía incapaz de avanzar o de retirarse. Se quedó allí, inmóvil, y lo miró, consciente de que él no había notado su presencia. La luz temblorosa realzaba sus rasgos, y Kendra pensó que nunca había visto un hombre más bello. La única prenda de ropa que llevaba era un bañador corto, y su piel marrón, oscura y suave, parecía resplandecer. Su pecho desnudo, sus hombros viriles y sus muslos firmes hablaban de un cuerpo en

excelente forma física, un cuerpo capaz de dar intenso placer a una mujer. Kendra se estremeció al recordar cuánto había gozado con él.

Un deseo abrasador palpitaba por sus venas mientras su cuerpo respondía a la esencia de Slate y le dejaba claro a quién deseaba y lo que ansiaba. La espera de siete años había terminado.

Kendra respiró hondo y el sonido de su respiración pareció alertar a Slate de su presencia. Se volvió y sus miradas se encontraron. La pasión fluyó entre sus ojos y el deseo de la mirada de Slate traspasó a Kendra e hizo que todos los nervios de su cuerpo parecieran concentrarse entre sus piernas. Se estremeció, sorprendida por el poder sexual que Slate ejercía sobre ella con solo mirarla, y sintió la tentación de cerrar los ojos y sustraerse a él, pero no pudo.

La mirada de Slate lo decía todo. La deseaba.

Kendra dio un paso adelante. Sabía que ella también lo deseaba. Se mordió el labio al recordar cómo eran antes las cosas entre ellos, la pasión y la intensidad que habían compartido. A los diecisiete y dieciocho años, había tenido los deseos de una jovencita. Ahora, su cuerpo sentía las ansias de una mujer adulta.

Vio a Slate dar los últimos pasos hacia ella sin desviar la mirada. La expresión de su cara era intensa y, por un instante, Kendra sólo pudo imaginar qué ideas estarían cruzando su cabeza. Luego, de pronto, adivinó algunas de ellas y contuvo el aliento. Sus pezones se endurecieron. Slate pensaba hacer muchas cosas con ella esa noche para compensar sus siete años de ausencia y, por más que lo intentara, no podría saciarse de ella.

Pero ella tampoco, pensó Kendra cuando por fin Slate se detuvo ante ella.

Capítulo 18

La pasión creció hasta proporciones extremas cuando los dedos de Slate tocaron a Kendra y se deslizaron sobre su cuerpo, sintiendo los cambios que había operado en ella el paso de los años. Aquél no era ya el cuerpo de una jovencita recién florecida: era una flor completamente abierta. Sus curvas, sus turgencias, su exuberancia, le parecieron sublimes mientras la acariciaba por todas partes, comenzando por sus pechos antes de deslizar la mano más abajo, entre sus piernas.

Allí, su mano encontró el tesoro que buscaba. Kendra estaba húmeda y ardiente. Su olor lo consumía. Comenzó a acariciarla mientras le decía en voz baja lo que quería hacerle.

Cuando ninguno de los dos pudo soportarlo más, Slate se arrodilló delante de ella, ansioso por saborearla. Comenzó besando todo su cuerpo, y en especial sus pechos, cuyos pezones hinchados lamió. Y, al oír que ella contenía el aliento con un gemido suave y gutural, decidió ir a un lugar al que nunca había ido con ella.

Sujetó con fuerza sus caderas, deslizó la boca por debajo de su ombligo y sintió que se tensaba, sorprendida. Después, al hundir la lengua en la misma

esencia de su ser para amarla y agasajarla, comenzó a oír los gemidos de un placer asombrado que brotaban de su garganta.

–¡Slate! –exclamó Kendra en un grito de gozo cuando la lengua de él comenzó a acariciarla como nunca antes la había acariciado. Slate abrió suavemente sus piernas con la mano, decidido a gozar de todo cuanto quería. Con el ardor de su boca, le demostró como nunca se lo había demostrado a ninguna otra mujer lo que significaba para él, lo que siempre había significado para él. Ella gritó su nombre una y otra vez mientras clavaba las uñas en su espalda y, cuando Slate sintió que el clímax tensaba su cuerpo, se colocó rápidamente sobre ella.

Sus miradas se encontraron en el instante en que la penetraba. Al mismo tiempo, la agarró por las caderas y la levantó para hundirse más en ella. –Ahh –Slate dejó escapar un suspiro largo y tembloroso cuando los músculos internos de Kendra se cerraron en torno a su sexo, ciñendo su erección palpitante y manteniéndola cautiva en su interior. Por un instante no pudo moverse. Se quedó inmóvil en aquella postura y disfrutó del placer de estar dentro de ella, conectado con ella, unido a ella.

–Ámame, Slate.

Sus palabras hicieron derrumbarse a Slate, destruyeron el último vestigio de su dominio sobre sí mismo y su contención y abrieron la compuerta del deseo. Comenzó a moverse y sus embestidas aumentaron, se fueron haciendo más rápidas a medida que el deseo, largamente insatisfecho, se apoderaba de él. La cabeza le daba vueltas fuera de control. Su cuerpo la siguió y, cuando sintió que Kendra se dejaba llevar por un orgasmo que la sacudió hasta la médula, gritó su nombre y se hundió más profundamente dentro de ella al tiempo que el orgasmo lo desgarraba y lo hacía estallar en su interior.

Bajó la cabeza y devoró sus labios, su boca, su lengua. Kendra estaba de nuevo en sus brazos, y él se hallaba de nuevo dentro de su cuerpo. Jamás volvería a dejarla marchar.

Capítulo 19

Demasiado débil para moverse, Kendra permaneció en brazos de Slate y disfrutó del placer de estar allí. Cuando él cambió de postura para mirarla, ella sintió la intensidad de su mirada. Slate se inclinó y se apoderó de su boca, y ella se llenó de gozo al recordar lo que habían compartido, a pesar de que era consciente de lo que se interponía aún entre ellos: las dudas, los remordimientos y la rabia. Era hora de que lo sacaran todo a la luz.

Cuando finalmente Slate dejó de besarla, las emociones que Kendra había intentado mantener a raya la inundaron por completo, acompañadas por el dolor.

–¿Por qué? –preguntó con suavidad.

Slate sabía a qué se refería.

–Pasé por un infierno, Kendra, y no podía permitir que me vieras así. No fui capaz de salvar a Susan Conrad y eso casi me destruyó. No importaba que todo el mundo pensara que había hecho todo lo posible. Estaba convencido de que hubiera podido hacer más y de que había fracasado.

Kendra comprendía los demonios que habían impulsado a Slate a huir de Fernandina la mañana posterior al accidente, pero lo que no podía comprender, ni aceptar, era que no hubiera intentado ponerse en contacto con ella. –¿Por qué no has intentado ponerte en contacto conmigo en todos estos años, Slate? Aunque sólo fuera para decirme que estabas bien. ¿No crees que me merecía al menos eso? –preguntó con suavidad mientras recordaba las emociones que había experimentado durante aquel tiempo.

Él pasó un dedo por sus párpados y vio que había lágrimas en ellos. Sintió un nudo en la garganta.

–Después de aquello, perdí literalmente la razón, Kendra. Ese año no volví a la universidad. La culpa me consumía, me reconcomía por completo. Por fin conseguí rehacerme lo suficiente como para acabar el último curso de la carrera, pero las cosas no mejoraron. Cada noche, cuando me iba a la cama, veía la cara de Susan y su expresión de aquel día. Veía su mirada, su esperanza de que la salvara. Empecé a beber y una noche tuve un accidente de coche. Por suerte, nadie salió herido. Como no tenía antecedentes, el juez me condenó a un año de trabajos al servicio de la comunidad en un hospital. Fue entonces cuando empecé a recuperar mi vida. Conocí a gente que había pasado por cosas mucho peores que yo y que luchaba no sólo por recuperar su vida, sino por conservar la poca que le quedaba. Decidí recuperarme y fue entonces cuando busqué ayuda profesional. Asistí a terapia durante dos años. Luego, me empecé a sentir lo bastante digno como para dormir en paz. También fundé la empresa, pero pronto descubrí que seguía sin ser feliz, que a mi vida le faltaba algo. Era algo que deseaba más que la vida misma, algo que había intentado abandonar. Tú. Fue entonces cuando resolví venir aquí para explicarte por qué no me había puesto en contacto contigo y hasta qué punto la culpa me hacía sentirme indigno de tu amor.

Kendra suspiró. Nunca había imaginado que Slate hubiera vivido tan consumido por los remordimientos. Durante los siete años anteriores, ella había sufrido, pero él lo había pasado aún peor.

Lo estrechó entre sus brazos.

–Vamos a la casa de la playa, Slate –dijo en voz baja, decidida a demostrarle que era digno de todo, y especialmente de ella.

Capítulo 20

Tras darse una ducha juntos para quitarse la arena de la playa, se metieron en la cama e hicieron el amor de nuevo. Esta vez, Kendra le demostró cuánto significaba para ella y lo solitaria que había sido su vida sin él durante esos siete años.

Slate se inclinó sobre ella en la cama y acarició con ternura su rostro. –No pasaba ni un día sin que pensara en ti, hasta cuando me sentía indigno. No podía dejar de quererte porque eras parte de mí, y sabía que tenía que recuperarte a toda costa. Estos dos últimos años, me he volcado en mi trabajo y he intentado rehacer mi vida por completo para tener algo que ofrecerte cuando volviera.

Una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios de Kendra. –¿Y qué tienes que ofrecerme, Slate? –preguntó en broma, aunque su mirada era seria.

–Quiero ofrecerte mi amor. Quiero que seas mi esposa, mi mejor amiga y mi amante. No voy a pedirte que dejes esto, porque sé cuánto significa esta ciudad para ti. Con mi trabajo, puedo establecerme en cualquier parte. Quiero recuperar nuestro sueño de estar juntos para siempre –la estrechó entre sus brazos–. Te quiero. Di que te casarás conmigo, Kendra. Dilo, por favor.

Una sensación de felicidad abrumadora hizo inundarse de lágrimas los ojos de Kendra. Ella también lo quería. Nunca había dejado de quererlo. Ni siquiera cuando pensaba que ya no la quería.

–Sí, Slate, me casaré contigo. Nunca he dejado de quererte y, ahora que has vuelto, tenemos que recuperar el tiempo perdido. Siete años –puso la mano detrás de su cabeza y lo atrajo hacia sí para besarlo.

Slate dejó escapar un gemido cuando sus bocas se encontraron, y sus brazos se cerraron automáticamente en torno a ella. El deseo lo inundó por completo mientras tocaba ávidamente lo que ella le ofrecía.

Unos instantes después, se apartó y respiró hondo. Sintió que su erección y el deseo de estar dentro de ella se intensificaban.

–Mírame –susurró con voz áspera–. Quiero que veas cómo me haces sentir cuando te hago el amor.

Se colocó sobre ella y Kendra levantó los ojos hacia él. Sus rasgos desvelaban lo que sentía cuando la penetró. Ella le rodeó el cuello con los brazos y esbozó una sonrisa.

–No hay nada como la caricia de amante –dijo sin aliento cuando él empezó a moverse rítmicamente en su interior, encendiendo de nuevo su pasión. Y, mientras se amaban, Slate comprendió que su amor y sus caricias eran lo único que le haría falta el resto de su vida.